

Jeromin

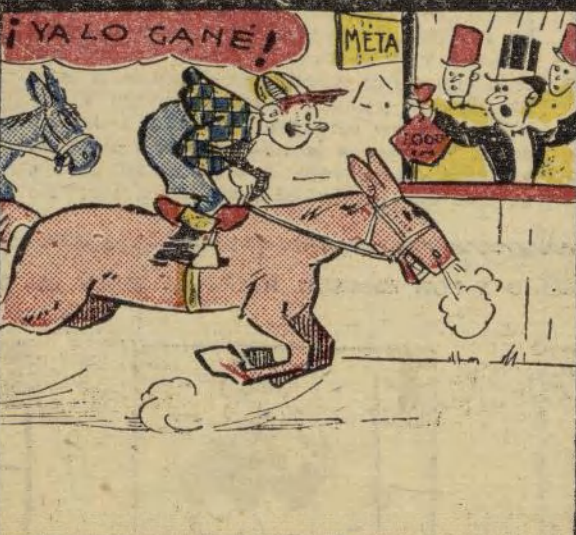
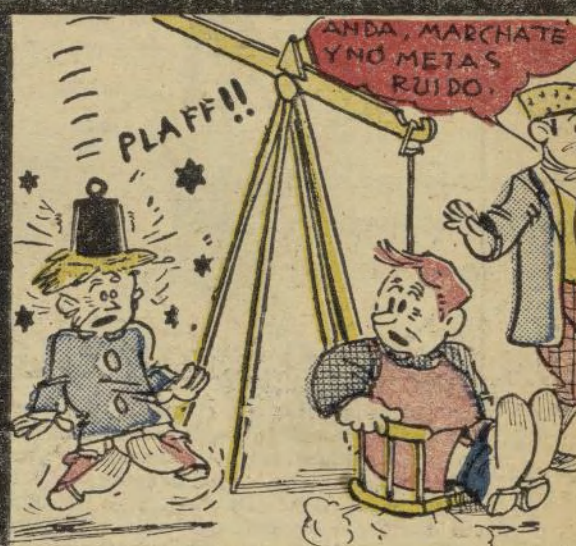
10 céntimos

AÑO III

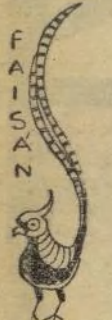
REVISTA ILUSTRADA SEMANAL PARA NIÑOS. — MADRID

NUM. 130

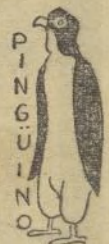
GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN



Narraciones Ejemplares



EL QUINTO NO MATAR



Juan volvía de la guerra. En el pecho del soldado brillaba una cruz: Porque Juan, querido amiguito, había sido un héroe, un valiente que jugándose la vida, saliera a pecho descubierto, a rescatar la enseña gloriosa de la patria. Y logrado su propósito, la Prensa ocupó en letras de molde de su magnífica hazaña, y en signos de sangre, de la suya, quedó grabado sobre la tierra enemiga, el hecho sublime del heroico soldadito español. Qué contento tornaba, inundado el corazón de alegría y de risueñas esperanzas. ¡Sus campos!

¡Sus amores! ¡Su casa! Volaba la imaginación del mozo, adelantándose al tren que corría por las pardas llanuras castellanas, para besar a la madre, ¡su adoraad viejecilla! ¡Qué abrazo tan fuerte y tan sincero el que habían de darse! Después pensó en las fiestas; precisamente mañana empezaban. No podía llegar en mejor hora: luego, con íntimo deleite, la vio a ella, a Carmiña, su novia, la rapaza bonita y buena; la que él creía buena... y no lo era, no. Todos se lo ocultarán. ¿Para qué hacerle sufrir? Ya se enteraría él mismo de

la traición de la siempre amada, pues todos en el pueblo sabían que Carmen, Carmiña, había burlado cruelmente del muchacho para ponerse en amores con el hijo del más rico del lugar. ¡Pobre Juan! ¡Qué gozoso y alegre tu regreso! ¡Qué triste tu retorno cuando la terrible realidad, con sus zarpas de fiera, destroce cruelmente tu noble corazón! El tren afloja la marcha; Juan, todo el cuerpo fuera de la ventanilla, reconoce el paisaje querido y soñado. Ya entró la máquina en agujas, ya distingue claramente los bultos de las perso-



nas que le esperan en el andén. ¡Su tierra! ¡Su patria chica! El rapaz acaricia la cruz, símbolo de su heroísmo; aclamaciones jubilosas le saludan, una viejecita se adelanta temblorosa: ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Mi Juan! Y es tan hondo, tan fuerte el abrazo, que por un momento confúndense los cuerpos de la anciana y del soldado. Tiende el mozo su mirada ansiosa buscando entre las caras amigas "¿Y Carmiña? ¿Cómo no vino, madre?" Un silencio de angustia le responde; por fin, uno del gru-

po exclama con voz que aparenta ser indiferente: "Espera en casa, ya sabrás de ella. ¡Ea, en marcha!" "¿Vamos!", responde Juan. Pero allá, en el fondo de su alma, se ha apagado una lucecita de esperanza, y ha recorrido su cuerpo un escalofrío de dolor. Quiso correr y no pudo, sombras negras nublaron sus ojos y, rotas sus energías, cayó desvanecido en el umbral vibrando de angustia la voz sollozante. ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Por mí, hazlo por tu madre, a la que matas también! Pero ya Juan,

sin escuchar los ruegos, insensible a las súplicas, corría, corría por las calles silenciosas del pueblo, en fiestas, buscando la plaza en donde su instinto le presagiaba que había de encontrar a la ingrata. Una idea fija, tenaz, implacable, impulsaba sus pasos. ¡Matar! Matar a la infame, que burlando su cariño honrado hundió en el abismo sin fondo de la desesperación. Acababa de entrar en la plaza, y con mano nerviosa oprimió fuertemente el arma homicida: Allá, junto a la pared



de la ermita, Carmiña, la desleal, reía y bromeaba con su nuevo cortejo. Una nube de sangre extendióse ante él y avanzó resuelto hacia la pareja. ¡No reiría más! ¡Con qué placer iba a hundir el puñal en el pecho de la infame! Pero de pronto, las puertas del templo se abrieron, y ante sus ojos atónitos, la imagen serena de Cristo Crucificado mostróse grandiosa, en toda su magnificencia. Era la procesión del Santo Patrón que comenzaba a desfilar. Las pupilas del soldado claváronse con ansia en la faz del Cristo, y le vió, cu-

bierto de espigas, sangrantes y laceradas sus carnes, y le pareció que los labios sagrados se movían exclamando: "Perdónalos Señor, perdónalos". Cayó el mozo de rodillas, lacio y sin fuerzas el brazo criminal, pero sintiendo que una vida nueva le prestaba alientos, ante el ejemplo de Aquel que clavado en la cruz, sus últimas palabras eran de perdón y disculpa para sus verdugos. Los besos de la madre le volvieron a la vida, y en sus oídos las palabras del párroco, informado del suceso, cayeron después cual bálsamo bienhechor: "No

sufras, hijo, ya serás feliz; has sabido vencerte y cumplir el quinto mandamiento de la ley de Dios, NO MATARAS, sé fuerte, piensa en El". Y Juan, vueltas a florecer sus ilusiones, sonreía dichoso con la íntima satisfacción del deber cumplido. Esta es, queridos amiguitos, la historia del soldadito Juan, del héroe de la guerra, a quien la vida hizo comprender que es aún mayor heroísmo el perdonar que el matar.

Manuel G. BENGIOA

CON INGENIO Y CON ESmero RECOBRA JUAN SU DINERO





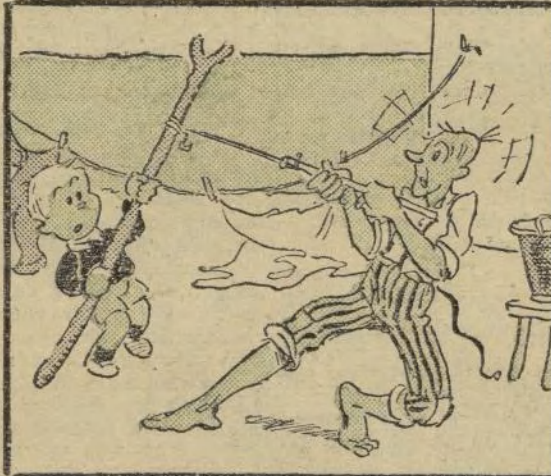
Cascarilla



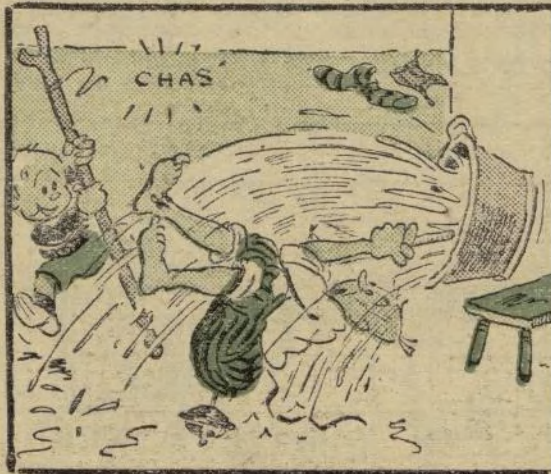
—Mira, nene, así se echa el peón de músico.
¿Te has fiado bien? —Sí, Cascarilla.



Pero la cuerda del peón se enredó en la horquilla donde estaba atada la cuerda de tender la ropa y...



—Tira bien, nene, para desenredarla. ¡Más fuerte...! ¡Más...! ¡Que viene tu mamá, tira y tira!

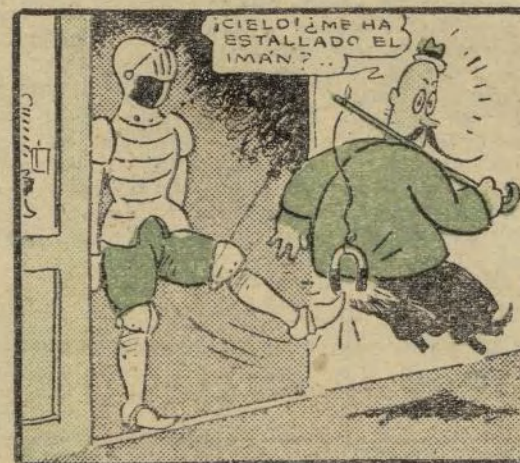
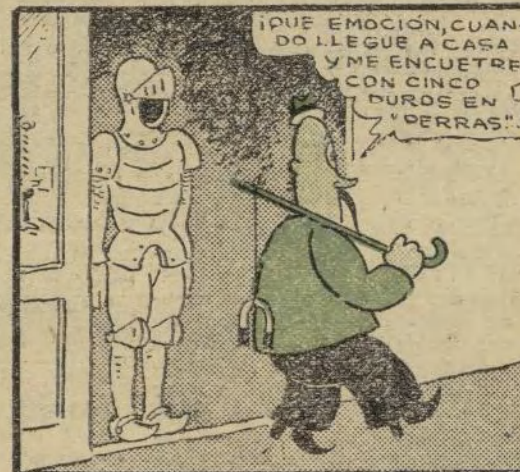


¡Cataplúm! —¡Qué bonito, Cascarilla! Eso me ha hecho la mar de gracia. ¡Ja..., ja..., ja...!

DON SEVERO AVENTURERO



BUENO, LAS COSAS QUE SE ME OCURREN A MI, NO SE LE OCURREN A NADIE: COMO EL IMÁN TIENE LA PROPIEDAD DE ATRAER LOS METALES, AHORA ME CUELGO ESTE DEL BASTÓN, ME DOY UN PASEO Y TODO EL DINERO QUE PIERDA LA GENTE SE ME IRA PEGANDO A EL.



Maravillosa Historia de Jeromin



Pero la cosa iba poniéndose seria, y ya se creía Churrete perdido ante tantos y tan fieros enemigos, cuando vio a Jeromin sacar su linterna mágica, y los cuervos, enfocados por la luz, quedaron paralizados y mudos. po-



biera sido nuestro destino. Churrete siguió a Jeromin, y al llegar al borde de un profundo barranco dijo Jeromin: —Tiéndete en el suelo y asómate. Así lo hizo Churrete y apenas se asomó al abismo lanzó un grito de espanto. En el



A no ser por mi linterna ahí hubieras ido a parar tus huesos y mi armazón de muñeco. Mas ten entendido que aún hemos de correr mayores peligros: tú verás si tuientes con valor para afrontarlos, pues, de no ser así, será mejor que no pases de aquí y esperes mi regreso. —Me in-

DANCHITO Y FARIVA



sados en el suelo y en los salientes de las rocas cual si fuesen estatuas. —Estos—dijo Jeromin—son los centinelas del castillo, y a no ser por el poder irresistible de mi linterna lo hubiéramos pasado mal. Ven; verás cuál hu-



fondo vió miles y miles de calaveras humanas. —Esas calaveras—dijo Jeromin—son de los que, como nosotros ahora, han pretendido penetrar en el castillo encantado, atraídos por los tesoros y maravillas que en él hay encerrados.



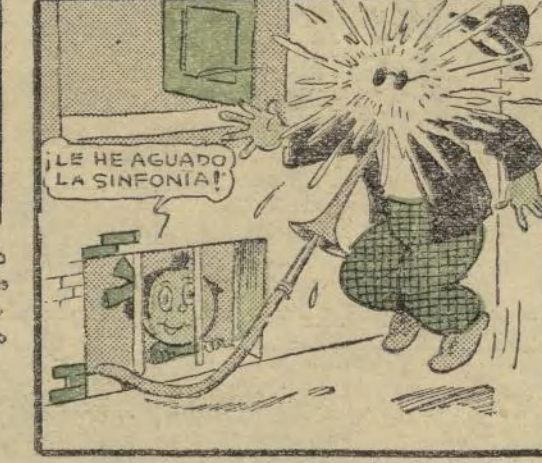
ultas, Jeromin; yo no conozco el miedo y estoy dispuesto a seguirte, ocurra lo que ocurra. Además, ¿cómo quieres que me quede aquí, sin merienda? —Eso no es obstáculo, pues tendrías para comer cuanto desearas. —Eso es que no lo comprendo. —Voy a decirte cómo. (Continuará.)



TERESA, NIÑA TRAPECISTA



¡PUES SEÑOR... ESTE HOMBRE SE HA EMPEÑADO EN NO DEJARSE ESTUDIAR...!



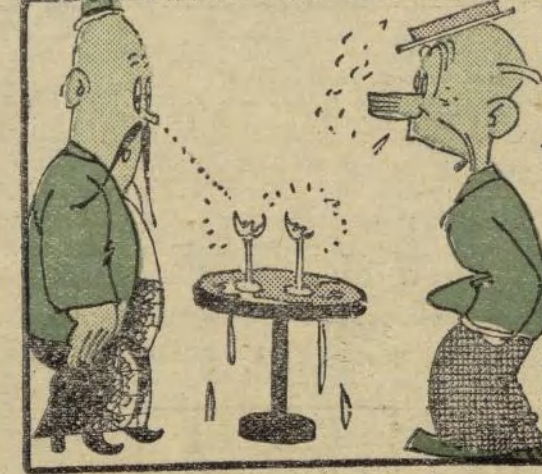
—Severo, amigo mío, brindemos por nuestra antigua y sincera amistad.



—Sí; brindemos, amigo Repollo, por que perdure hasta la muerte.



—Choquemos, según costumbre, las copas.
—Sí; choquémolas.



—¡Qué animal eres, Severo!; has roto las copas y con ellas nuestra amistad. Ya no podemos ser amigos.

LA MONTAÑA DEL MISTERIO

NARRACIÓN EMOCIONANTE LLENA DE MISTERIO Y AVENTURAS



YUNECÁ



OSITO



COMETA



AEROPLANO



CUBO



DELOTÓN



YUNECO



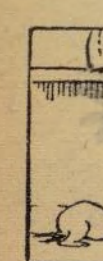
PATINETE



PATO



SOLDADITO



UN RATON, DE ESTA MANERA, LOGRA ABRIR LA RATONERA



Sonriendo el tío de Sheila colocó la caja sobre la mesa y cogió un puñado de gemas. "Has visto un ópalo tan grande como éste?" —preguntó tomando una piedra y exponiéndola a los reflejos de la luz solar— Jim movió negativamente la cabeza. Y volviendo a colocar el maravilloso ópalo en la

cajita, se sentó el sabio, y dijo: "Ahora, Jim, debes saber de dónde proceden estas piedras. Es un secreto que he guardado fielmente, porque el dinero que produce su venta se destina a ciertas investigaciones que, realizadas, creo han de servir de gran beneficio a la ciencia." Y, levantándose, aña-

dió: "Antes de revelarte mi secreto, Jim, es preciso que, por escrito, me prometas no revelar lo que has visto." Y Jim, sentado ante el escritorio, escribió la promesa que el sabio le dictó, y, releída, la firmó.

Tomó el viejo el documento y le guardó en su pupitre. "Ahora, Jim, te bajaré a don-



de está Sheila, que de seguro tiene deseos de charlar un rato contigo"—le dijo—, y bajando una escalera, atravesaron un corredor con cortinas y penetraron en una habitación amueblada, donde Sheila esperaba, y saludó a Jim, con alegría. El viejo, ponien-

do la mano en el hombro de Jim, dijo cariñosamente: "Sheila, Jim ha dado palabra de no revelar nuestro secreto; puedes enseñarle dónde se hallan los ópalos." El sabio salió del cuarto y fué a su laboratorio. Sheila encendió una linterna, y dijo a Jim que la

siguiera. Bajaron un largo tramo de escaleras que se abrían en el centro de la montaña, y cogiendo a Jim de la mano le advirtió: "¡Cuidado! Estas escaleras son muy traidoras."

Jim no pudo contener su asombro cuando,



al terminar la escalera y doblar una esquina muy pronunciada, encontró cerrado el paso por lo que parecía una sólida muralla de roca. Sheila dió en ella unos golpes y la pared se abrió, y dos puertas grandes, talladas en la sólida peña, giraron silenciosamente. "Este es el camino"—dijo Sheila

dirigiéndose a través de la abertura a un túnel interior—. Al pasar ellos, dos negros porteros se inclinaron con respeto. Atravesado el túnel, llegaron a la cima de una escalera de toscos peldaños, desde donde se veía una extensa caverna, alumbrada por antorchas. "¿Qué hacen esos negros?"

—preguntó Jim sorprendido por el número de hombres, de los cuales unos manejaban con ardor picos y palas y otros llevaban cargas de escombros para ser cribados. A lo cual Sheila respondió: "Este es el gran secreto de la montaña del misterio. Esos hombres laborean las minas de ópalos."



GATITO



PAYASO



HERRAMIENTAS



GRAMÓFONO



NEGRO



TAMBOR



BALÓN



DIABOLO

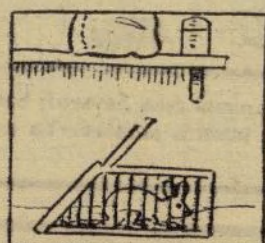
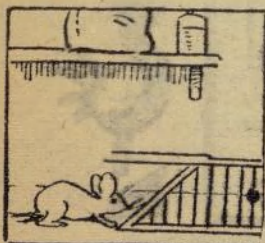


PLATILLOS



DADOS

UN RATON, DE ESTA MANERA, LOGRA ABRIR LA RATONERA





La tarjeta de visita.

Por pequeños que seáis algunos jeronistas, os habréis dado cuenta, sobre todo en las poblaciones, de un trocito de cartulina con un nombre y unas señas. Me refiero a las tarjetas de visita. Hoy no hay persona de postín, y aunque sea de medio postín, que no lleve en su cartera unas cuantas tarjetas de esas, para entregarlas a todo aquel con quien se hable por primera vez. La tarjeta de visita es en los tiempos que corremos artículo de primera necesidad; es de una utilidad enorme, su invento, pese a su aparente sencillez, fué verdaderamente genial. Pues ese invento fué español. Las primeras tarjetas de visita fueron empleadas allá por los años 1731 al 34, por los españoles que acompañaron al infante don Carlos en su viaje a Parma.



CHISTE

—¿Y no podía usted trabajar en vez de mendigar?
—¡Trabajar! ¡Trabajar! ¿Usted cree que a un hombre que se pasa el día pidiendo limosna le queda tiempo para el trabajo?

ENTRETENIMIENTOS

1.—Nombre de varón

D NOTA D TAJO

2.—Diosa

C NOTA S

3.—Personaje de JEROMIN

NOTA ANIMAL

(Las soluciones en el próximo)

Soluciones del anterior

4.º Cocodrilo.—5.º Lee JEROMIN.—6.º "El Debate", JEROMIN, "La Semana Católica".

NINOS HEROICOS



Sigfredo era un fiel escudero y leal servidor de un poderoso señor feudal, que, habiendo tenido la mala suerte de ser acusado injustamente de una falta que no había cometido, decidió fugarse del castillo en compañía de su hermana que servía de doncella a la señora, y arrostrar las privaciones de una vida



da encina, mientras su hermana observaba los movimientos de los soldados, oculta entre el monte.

Mas un suceso inesperado vino a cambiar el rumbo de los acontecimientos.

Después de haber convocado a su gente, el señor del Castillo, al parecer, para dar órdenes, partieron todos en distintas direcciones, quedando el señor solo en un claro del bosque; en esto



que, a poco, todos los mesnaderos del conde se hallaban rodeando a su derrengado señor.

Mientras tanto Sigfredo había presenciado, desde su improvisado observatorio, las incidencias de la imprevista aventura, y tanto le llegaron a interesar sus vicisitudes, que olvidándose que tenía que permanecer completamente oculto, llegó a mostrarse de tal manera, que fué descubierto por dos de

Los hermanos fugitivos



libre, antes que sufrir las vejaciones de una vida servil.

El señor feudal, despedido ante la audacia que en aquellos tiempos suponía una acción de aquella índole, se puso en persona a la cabeza de sus mesnaderos, dispuesto a dar una gran batalla al bosque y no dejar una mata sin



salió a todo correr de la espesura un hermoso venado, que con impetu salvaje arremetió a la cabalgadura.

El choque fué violento, y el caballo dió con sus cansados huesos en tierra, y mal lo hubiera pasado, pues el venado se preparaba a embestir de nuevo, a no ser por el arrojado de Juana, la hermana de Sigfredo, que abandonando su escondite se dirigió a todo correr ha-



los soldados que acudían presurosos a la llamada de Juana.

Locos de contento, pensando en la recompensa que el conde tenía ofrecido al que lograra capturar a Sigfredo, le conminaron a que bajara. Este, viéndolo irremisiblemente perdido y que era inútil toda resistencia, descendió rápidamente del árbol, entregándose a sus perseguidores.

En esto, el señor se había in-

DE PUCK



registrar, hasta que Sigfredo apareciera.

Los hermanos fugitivos, que aún no habían tenido tiempo de salir de los dominios de su antiguo señor, fueron sorprendidos por los mesnaderos, pero sin ser descubiertos, afortunadamente, por lo que Sigfredo pudo a toda prisa esconderse en la fronda de una copu-

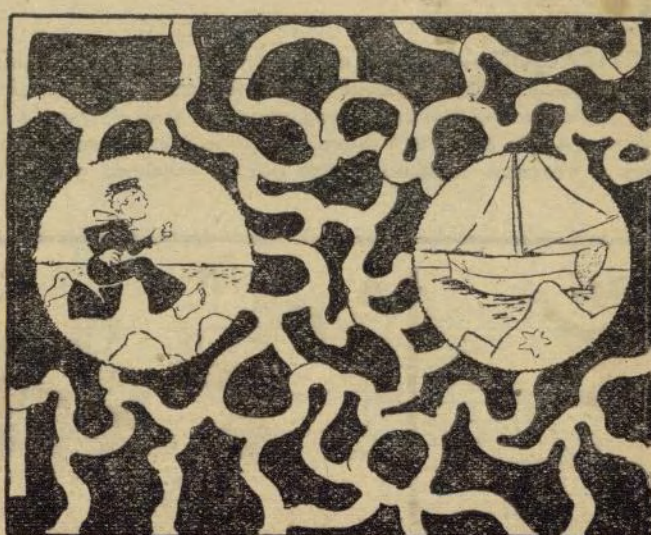


cia el enfurecido animal, y arrojándole su mandilete a la cara, logró que el animal, completamente desorientado, huyera con el mandil entre los cuernos.

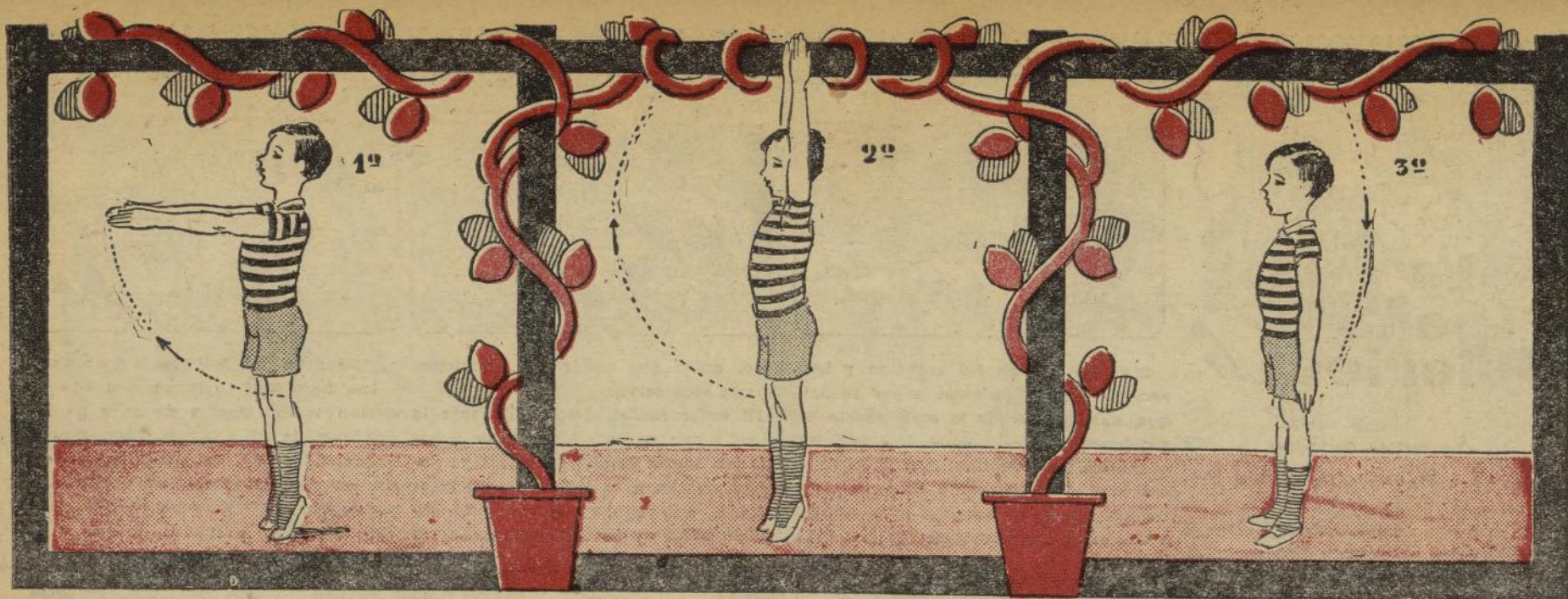
El señor feudal, quebrantado casi por la aparatosa caída, y oprimido por su armadura, no podía moverse, por lo que Juana, apoderándose del cuerno de caza de su antiguo señor, comenzó a lanzar sus notas en todas direcciones, con lo



corporado y había prometido a Juana perdón para su hermano, en atención a su bella acción, así que una vez que Sigfredo estuvo en presencia del conde, clavó la rodilla en el suelo, protestando de su inocencia y dando tales detalles, que el conde quedó plenamente convencido, por lo que nuevamente le tomó a su servicio, restituyéndole a su antiguo cargo, y se llevó consigo a ambos hermanos al castillo

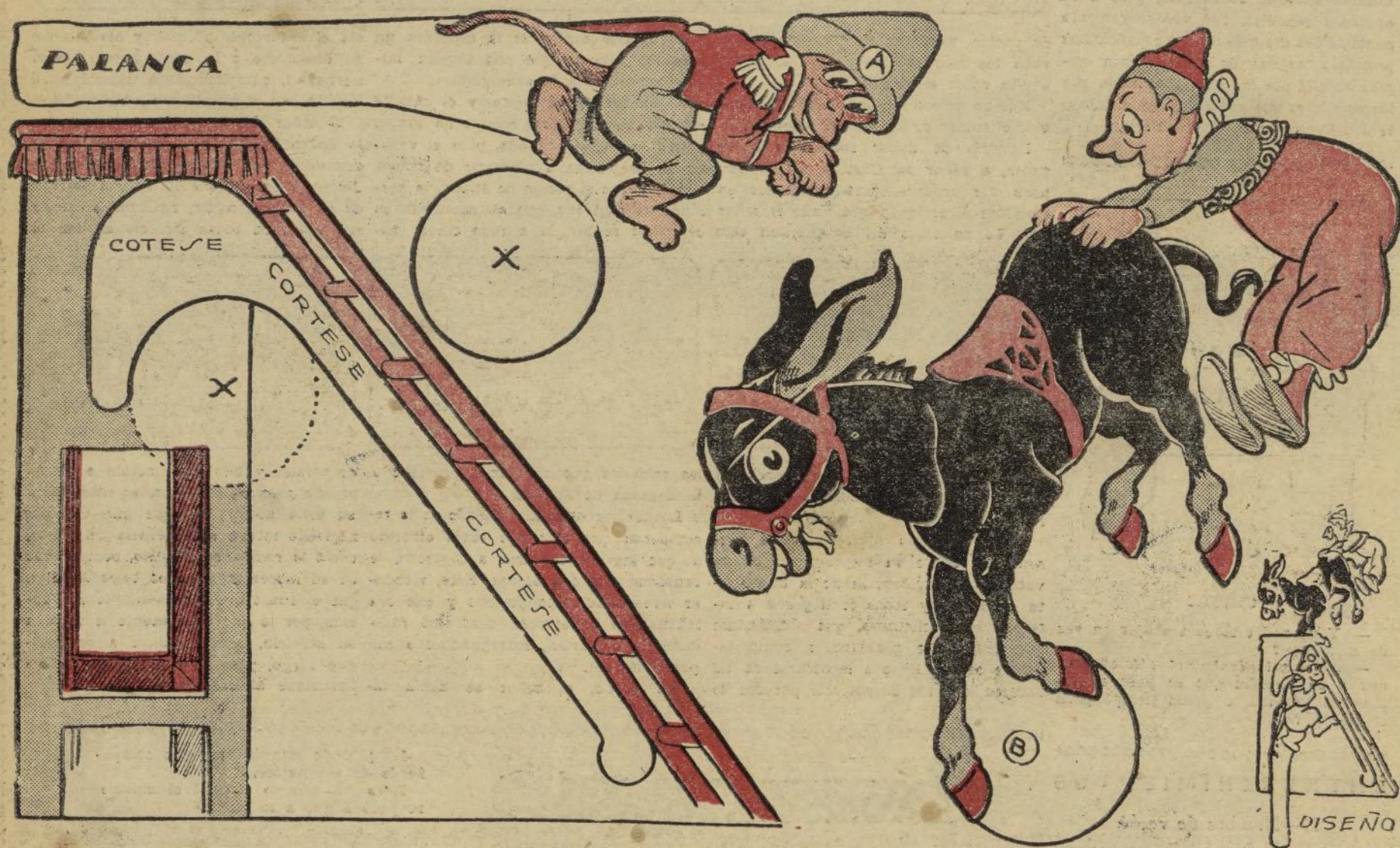


1. ¿Dónde estarán los ocho compañeros de ese pajeito?
2. ¿Qué camino tomará el marinero para llegar a su barca?



GIMNASIA SUECA O RACIONAL

Movimientos respiratorios.—1.ª Posición reglamentaria.—2.ª Elevar los brazos lenta y verticalmente a la cabeza, las palmas de la mano frente a frente; al mismo tiempo elevación sobre la punta de los pies y hacer una profunda inspiración. Volver a la primera posición.—3.ª Elevar los brazos lateralmente, dejándolos caer luego a lo largo del cuerpo, haciendo una corta y fuerte inspiración.



FIGURAS DE MOVIMIENTO

EXPLICACION.—Péguese el grabado en cartulina y, una vez seco, recórtense con cuidado las varias partes de él. Córtese el espacio en blanco marcado en el grabado. Péguese con engrudo en un cartón fuerte el círculo X y fíjese detrás del círculo marcado con línea de puntos en el grabado principal. Luego colóquese el círculo sobre que están las manos del asno detrás de la escalera, de modo que se vea a través de la hendidura hecha el punto B. Sobre este punto se coloca el punto A que está en el gorro del mono y se afianzan con un sujetador. El juguete está así terminado. Para hacerle maniobrar se empuja hacia arriba la palanca y veremos al asno trepar por la escalera, y cuando ha llegado a lo alto de ella se tira de la palanca hacia abajo y el asno ejecutará un maravilloso ejercicio acrobático.

